



HAL
open science

¿Patrimonializar las ruinas para reconciliar a los españoles? El caso de Belchite.

Stéphane Michonneau

► **To cite this version:**

Stéphane Michonneau. ¿Patrimonializar las ruinas para reconciliar a los españoles? El caso de Belchite.. Caer y levantarse. La reconstrucción del patrimonio después de una guerra., Gernikako Bakearen Museo Fundazioa, pp.103-114, 2016, 978-84-945379-0-5. hal-04300927

HAL Id: hal-04300927

<https://hal.science/hal-04300927v1>

Submitted on 22 Nov 2023

HAL is a multi-disciplinary open access archive for the deposit and dissemination of scientific research documents, whether they are published or not. The documents may come from teaching and research institutions in France or abroad, or from public or private research centers.

L'archive ouverte pluridisciplinaire **HAL**, est destinée au dépôt et à la diffusion de documents scientifiques de niveau recherche, publiés ou non, émanant des établissements d'enseignement et de recherche français ou étrangers, des laboratoires publics ou privés.

« ¿Patrimonializar las ruinas para reconciliar a los españoles? El caso de Belchite »

Stéphane Michonneau

Introducción

Situado a unos 40 km de Zaragoza, el pueblo aragonés de Belchite fue lugar de una sangrienta batalla durante la Guerra Civil Española, de agosto de 1937 a marzo de 1938. Al final de la contienda, este burgo de alrededor de 3.500 habitantes estaba casi completamente derruido. Una vez conquistado por el ejército franquista, Franco vino a visitar las ruinas de Belchite: en esta ocasión, prometió que se reconstruyera un nuevo pueblo « como homenaje a su heroísmo sin par ». Pero algunas semanas más tarde, el régimen tomó la decisión entonces inédita en Europa de conservar las ruinas en pie, como monumento glorioso a la resistencia *nacional* frente al enemigo republicano.

Belchite, pueblo-mártir del franquismo, se convirtió pronto en el escaparate del régimen que buscaba en la victoria sobre la República el fundamento de su frágil legitimidad. Paradojamente, el franquismo no tomó medidas concretas para mantener el pueblo viejo en su estado posbélico: no se incluyó en la lista del patrimonio histórico, y tampoco se nacionalizaron los terrenos que siguieron de propiedad privada de los belchitanos.

Hasta los años 1960, el uso político de Belchite fue intenso, pero los edificios del pueblo viejo no fueron objeto de ninguna restauración ni conservación : al contrario, la acción del clima aragonés y el aprovechamiento de los materiales abandonados por parte de los belchitanos aceleró el desmorronamiento de las casas, salvo algunos edificios en piedra, o sea los edificios religiosos y las puertas de la villa. El escaso presupuesto municipal solo podía asumir unos gastos de urgencia, cuando amanezaba de caer una pared o un techo. El Ayuntamiento, arruinado, tampoco se interesaba por valorar el patrimonio histórico del pueblo y la monumentalización política de Belchite no parecía entonces acorde con la patrimonialización de su conjunto artístico.

Hay que esperar los años 1980 para que la conciencia del valor patrimonial del pueblo empeeze a surgir. ¿Porqué y bajo qué formas se concretó la patrimonialización de Belchite ? ¿Cuáles fueron los actores de la valoración del patrimonio ? ¿Qué sentido tenía la patrimonialización de Belchite 40 o 50 años después de la Guerra Civil, en plena

Transición democrática ? ¿ Cómo fue posible convertir Belchite en otra cosa que no fuera un monumento a la victoria franquista ?

1. Un pueblo mártir de la causa franquista... abandonado

En la década de 1940, no estaba de moda la preservación del patrimonio arquitectónico: se denunciaba la profanación de la iglesia parroquial o la destrucción de objetos cultuales y culturales, pero sólo porque esos hechos estaban llamados a dar testimonio de la barbarie del enemigo. De tal suerte que, entre los papeles de la Causa General, hallamos una descripción de las destrucciones sufridas en el patrimonio belchitano; pero se trataba, no tanto de un plan de restauración, cuanto de lanzar una acusación contra los pretendidos destructores¹. Desde luego, no se hizo mucho por consolidar los edificios que presentaban un interés artístico y sólo un artículo de prensa de 1941 parece inquietarse por ello². Hay que subrayar que, de haber existido ese interés, se habría llegado a la reconstrucción de los edificios destruidos, pero no a la conservación de las ruinas. Y es que, cada vez que el franquismo tuvo que enfrentarse al problema de los daños de guerra que afectaban a un edificio calificado de histórico, llevó a cabo una restauración completa. Tales fueron los casos de la Catedral de Oviedo y, sobre todo, del Alcázar de Toledo. Así que, si Belchite se conservó en ruinas en esa época, fue, justamente, porque la conservación del patrimonio no era un objetivo prioritario³.

Esta aparente contradicción entre restauración del patrimonio y conservación escrupulosa de un lugar de batalla explica, sin duda, el hecho de que el franquismo no quisiera incorporar el pueblo de Belchite al catálogo de monumentos históricos. Y, sin embargo, existían medios legales; puesto que la Ley de Orientación General de Monumentos Históricos promulgada por la Jefatura Nacional de Bellas Artes y presentada por el Ministerio de Educación Nacional en febrero de 1939 preveía « la posibilidad de considerar legalmente como monumentos nacionales ciertos conjuntos urbanos y a veces poblaciones enteras⁴. » Parece que las aglomeraciones urbanas a las que se hace referencia son Santiago de Compostela y Toledo. Esta decisión marca una profunda diferencia entre la suerte de Belchite y la del pueblo francés de Oradour-sur-Glane, que fue clasificado como monumento nacional en 1944.

En estos mismos años, el éxito del pueblo-mártir para las ceremonias franquistas contrasta con el abandono real en el que se mantenía: los belchitanos vivieron entre las

ruinas hasta 1963, siempre amenazados por el peligro de derrumbamiento de los edificios de adobe y piedra. Es más: sin derecho a reconstruir las casas sino a consolidarlas, eran jurídicamente los únicos responsables en caso de accidente. Las autoridades franquistas no dudaban en multar a los que no habían tomado las precauciones necesarias, de tal manera que muchos belchitanos pusieron a tierra los edificios en peligro. En cuanto al Ayuntamiento, sus intervenciones fueron puntuales y limitadas: por ejemplo, un testigo reconoce que trabajó en las tareas de consolidación del campanario de San Martín de Tours a finales de la década de 1940⁵. Los archivos municipales de Belchite aluden a operaciones de poca envergadura: retirada de un edificio derrumbado, reparación de fuentes, consolidación de un muro amenazado. Nada más.

A partir de los años 1960, el éxito político de Belchite decayó rápidamente. Es que a comienzos de la década de 1960, la relación con la Guerra Civil cambió, sobre todo, en lo que se refiere a los modos de definición del conflicto. Entonces se describe la guerra en su horror absoluto, como combate fratricida; un momento de locura colectiva que tendría sus orígenes en la atávica relación de los españoles con la violencia, relación que sólo un régimen autoritario podía contener. El Plan de Estabilización de 1959 trajo un crecimiento económico que suavizaría la dureza de la posguerra: paz parecía rimar entonces con prosperidad y venía a redefinir la fuente de legitimidad del régimen dictatorial. Este nuevo contexto condujo a una despolitización de las ruinas de Belchite que, a partir de 1963, sirvieron escasamente para ceremonias.

2. La lenta emergencia de una conciencia patrimonial

La explotación política *mezzo voce* del recuerdo de la Guerra Civil marcó el final de la dictadura y, sobre todo, sirvió de legitimación a la Transición, manteniéndose vigente hasta mediados de la década de 1990. Desde este punto de vista, la muerte de Franco apenas cambió los modos de relación con el pasado de la guerra. A decir verdad, podríamos hablar de una neutralización de las efemérides y de los monumentos heredados del franquismo; si bien la dictadura no fue jamás, en el plano simbólico, un *Ancien Régime*. La posibilidad de un resurgimiento de Belchite resultaba más que improbable en las particulares circunstancias de la Transición.

Hubo que esperar a mediados de la década de 1980, para que se formule nuevo interés por el viejo pueblo, cuando Jesús Baquero Millán, con formación en Bellas Artes,

intenta elaborar un inventario exhaustivo de los edificios del viejo pueblo que aún permanecían en pie. Su enfoque era artístico y tendía a identificar el pueblo con una obra de arte: « al igual que se contempla una escultura ». Esta obra fue publicada en 1988 por el Instituto Fernando el Católico y, ante todo, pretendía salvaguardar el patrimonio mudéjar de Belchite, que había sido mencionado brevemente en dos obras de historia del arte de las décadas de 1950⁶. El rasgo más original de este inventario era la defensa del valor artístico del patrimonio belchitano, defensa que tenía el propósito de promover su restauración. Baquero Millán propuso entonces conservar los edificios más relevantes desde el punto de vista histórico-artístico y algunas casas del pueblo por su valor etnológico: solicitud de declaración como « conjunto histórico-artístico de interés nacional » para el viejo pueblo de Belchite, aprobada por el Ministerio de Cultura en 1983.

El importante trabajo de Baquero Millán no quedó en papel mojado, en la medida en que está en el origen de la incorporación de la Torre del Reloj, de estilo mudéjar, a la lista del patrimonio histórico y de las operaciones de conservación ejecutadas veinte años después (Fig. 1). Además, en 1985, se llevaron a cabo los trabajos de desescombro y consolidación de las ruinas del viejo pueblo gracias al acuerdo alcanzado entre el Ayuntamiento y el INEM.

A comienzos de la década de 1990, el alcalde del pueblo, Domingo Cubel, concibió el proyecto de un Memorial de la Paz en el viejo pueblo. Se enfrentó, en primer lugar, a la hostilidad de los concejales, en especial, de los socialistas, que entendían había que privilegiar el desarrollo del nuevo burgo. En 1995, Cubel dio una primera entrevista en *El Herald* en la que presentaba el proyecto de rehabilitación de las ruinas como una obra de reconciliación en la que los ex combatientes, fuera cual fuera su procedencia, « podrían acudir a recordar la contienda y la pérdida de sus compañeros al igual que ocurre ahora⁷. » El proyecto se quería de consenso, si bien incluía un contenido conmemorativo que la mera reivindicación patrimonial anterior había procurado eliminar.

En 1997, el Ayuntamiento de Belchite firmó un acuerdo con la Escuela Técnica Superior de Arquitectura de Madrid, al objeto de elaborar un trazado preciso del conjunto de las ruinas. El Ayuntamiento, que invirtió cuatro millones de pesetas en este asunto, creía que podía utilizar el documento elaborado por la ETSAM para solicitar la incorporación del sitio de Belchite a lista del Patrimonio Mundial de la Unesco. En París,

el director de este organismo internacional, Federico Mayor Zaragoza, juzgó « extraordinaria » la idea de convertir Belchite en un « símbolo de paz. » Dominaba el sentimiento de urgencia, como si el recuerdo de la Guerra Civil dependiera de la restauración de las ruinas : « Dejar caer el Belchite viejo es una barbaridad » declaraba entonces Pascual Ubeda, profesor de la ETSAM⁸. Pero la recuperación de la memoria estaba motivada por celebrar un lugar de sufrimiento, un lugar victimario.

El plan de acción inspirado en los trabajos de la ETSAM preveía la restauración de los ocho edificios emblemáticos, el « ajardinamiento » de las ruinas, la pavimentación de algunas calles o la colocación de paneles explicativos y de una garita de información para los turistas. El coste total de la operación fue evaluado en 30 millones de pesetas, repartidos entre el Ayuntamiento (10 millones) y la Diputación General de Aragón (más adelante DGA, 20 millones). En 1999, el Consejero de Cultura, Javier Delgado, estimaba que era necesario levantar un « gran monumento dedicado a la reconciliación de los españoles⁹ ». Izquierda Unida depositó, en el Congreso de los Diputados, una proposición de ley para « crear, en el viejo pueblo de Belchite, un centro de información, interpretación y reflexión sobre la Guerra Civil y la paz. » En octubre de 2000, *El Heraldo* anunciaba que el Estado invertiría 100 millones de pesetas con el propósito de convertir el viejo burgo en « parque temático que albergue un Museo de la Paz y la Reconciliación ».

3. El fracaso de « Belchite por la Paz »

En aquel momento, parecía que todas estas iniciativas estaban en condiciones de acabar con la indiferencia de las autoridades políticas. A pesar de todo, el proyecto no concitó la unanimidad porque existían dos cuestiones que dividían a la opinión pública. Efectivamente, por una parte, la oportunidad de restaurar las ruinas y su presentación como símbolo de la paz no tuvo una buena acogida: para Javier Callizo, Consejero de Cultura de la DGA en 2002, Belchite « no deja(ba) de ser un monumento a una guerra civil, algo que es difícil de digerir, *no es la España de la que podemos estar orgullosos como la de la reconciliación* ¹⁰ ». Esta opinión es muy interesante porque, si bien no rechazaba el mito de la reconciliación sobre el que se sustentaba la Transición, cuestionaba la posibilidad de convertir en símbolo de esa reconciliación unas ruinas de las que se apropiaron los vencedores del conflicto civil.

Por otra parte, entre los defensores de la conservación de estos vestigios, se distinguían dos actitudes opuestas: la DGA se inclinaba, más bien, por la restauración de algunos edificios cuyo valor artístico resultaba incuestionable (como la Torre del Reloj); el alcalde, por su parte, deseaba una restauración completa del viejo pueblo y su conversión en parque temático. La propuesta del alcalde se explica, parcialmente, por su viaje a Oradour-sur-Glane, el pueblo-mártir francés conservado en ruinas desde 1944. En 2002, el plan de restauración se elevaba a 97 millones de pesetas, de los que 30 debían ser financiados por la DGA, 30 por la Diputación de Zaragoza, 27 por el Ministerio de Cultura y 10 por el Ayuntamiento¹¹. Los esfuerzos del alcalde no fueron en vano porque, en 2001, el conjunto de Belchite fue inscrito, finalmente, en la lista de bienes de interés cultural¹².

El valor artístico de la Torre del Reloj fue lo que motivó la primera restauración, a partir de la primavera de 2002. La catalogación que hiciera la Unesco de todos los edificios aragoneses de estilo mudéjar, después de la que se hiciera de los edificios de Teruel en 1985, hizo obligatoria esta intervención¹³. El arquitecto Javier Borobio decidió mantener el hueco del reloj vacío, reconstruyendo la parte superior que destrozaran los bombardeos. Pero la reconstrucción se paró ahí: para recomponer la parte de la torre erosionada por el tiempo y la guerra, el arquitecto imaginó prolongar el remate dañado del edificio con un encofrado ligero hecho en madera que reconstruía la silueta original. Pero un cambio de mayoría política en 2002, tampoco favoreció el proyecto de rehabilitación, pues la joven alcaldesa socialista, María Ángeles Ortiz, era contraria al proyecto.

Por tanto, el Memorial de la Paz fue concebido en unas circunstancias políticas muy particulares, las de una larga Transición con vocación de consenso. La formulación del proyecto belchitano se inscribía, en efecto, en la gran corriente internacional que reunió una importante variedad de memoriales de guerra en el mundo (Caen, Oradour, Hiroshima, Museo de la Paz en Guernica en el 2003, etc.). Parecía oportuna la idea de una reconciliación política inspirada en un gesto ecuménico y un contenido más bien difuso –la paz, pero que diluye la cuestión de las responsabilidades. Pero en Belchite, los esfuerzos del alcalde de Belchite por neutralizar este lugar de memoria del bando *nacional*, por hacer de él un pueblo mártir, resultaban insuficientes en el contexto democrático de la Transición.

Son obvias las grandes dificultades que tuvieron las autoridades españolas para erigir monumentos « de la reconciliación » que rindieran homenaje a todas las víctimas de la contienda civil en lugares que habían sido destinados, inequívocamente, a conmemorar la victoria franquista. Hay que precisar que los intentos para reconvertir un lugar de memoria franquista en lugar de reconciliación para tiempos democráticos fueron todos fracasados en España, caso del famoso Valle de los Caídos. En Belchite, el proyecto de Cubel se situaba en la continuidad del régimen franquista, no porque promoviera sus valores; sino porque mantenía una gestión del pasado comparable a la de la dictadura, excluyendo sistemáticamente a todas las iniciativas de rememorar la memoria de los vencidos. De manera significativa, el alcalde impidió que veteranos republicanos levantaran una cruz a la entrada del pueblo, aduciendo que la cruz de hierro forjado que se había erigido en los primeros años del franquismo era suficiente. En nombre de la reconciliación nacional y como buen demócrata, Cubel no cuestionaba el derecho de los veteranos a conmemorar a sus muertos, pero no concebía que éstos no quisieran utilizar algo que había dejado el franquismo. Tampoco comprendió jamás que el hecho de quedar integrados en el aparato monumental heredado (una suerte de repetición de su derrota) resultara insoportable a los vencidos. No admitía, por tanto, que se levantaba una nueva cruz en nombre de una reconciliación cuyas condiciones estaba rigurosamente dictadas¹⁴.

4. Una patrimonialización siempre problemática

De hecho, Belchite, igual que el Valle de los Caídos, se ha identificado siempre con el franquismo y sus resabios más o menos nauseabundos. Una vez más, las contradicciones inherentes a la reivindicación del viejo pueblo determinaban el fracaso de su realización. Esas contradicciones fueron de dos tipos: el primero se refería a la concepción del patrimonio; el segundo, a la política de reconciliación promovida por la joven democracia española.

A lo largo de la década de 1980, al calor de la propia ampliación que el concepto de patrimonio conoce en esos años. El pueblo en ruinas entraba entonces en el ámbito de lo « patrimonializable » : dentro del pueblo, fueron, sobre todo, los edificios mudéjares los que desempeñarían este rol; mucho más que las casas del pueblo, cuya desaparición no había inquietado a nadie. Las ruinas ofrecía entonces un efecto de autenticidad muy favorable para el desarrollo de una conciencia patrimonial: los escombros parecían

ofrecer un contacto directo, casi inmediato, con la Guerra Civil. Desde luego, el viejo pueblo estaba mejor preparado para ilustrar los efectos del riguroso clima aragonés o los del pillaje originado por la desastrosa situación económica de la inmediata posguerra, que para evocar la Guerra Civil. Sin embargo, esto no modificaba, en lo fundamental, la impresión de autenticidad experimentada por el visitante. Pero evolucionó la mirada: a principios, la mirada patrimonial identificaba el pueblo con el carácter excepcional de sus edificaciones, por cuanto esa mirada se dirigía prioritariamente a los monumentos que atraen la atención del historiador: iglesias, campanarios, puertas monumentales. La visión cambiaba a lo largo de la década de 1990 y se empezó a valorar entonces el burgo en su conjunto.

La principal contradicción entre las dos formas de patrimonialización (una primera que se relaciona con el interés por lo excepcional; y una segunda, por lo ordinario) mencionadas residía en estos últimos criterios. Las ruinas, verdaderos emblemas de una historia singular, la de la resistencia al invasor, se convertían en símbolos de los estragos provocados por un conflicto armado, en símbolos de la Guerra Civil en particular; pero también de todo enfrentamiento fratricida –“nuestro Sarajevo particular” dice un testigo- e, incluso, de toda guerra en general. El proyecto « Belchite por la Paz » imaginado en la década de 1980 intentaría, finalmente, resolver esta tensión sin escoger entre estas dos miradas.

En el 2007 finalmente, en el contexto de los debates sobre la Ley de memoria histórica, nuevas iniciativas surgen. Una asociación *Belchite por la paz* fue creada que preveía exposición itinerante, publicación y fomento del turismo de guerra. Coincidió con el interés de la DGA por celebrar el 70 aniversario de la batalla de Belchite y se preveía un plan director de restauración. Confiado una vez más a Javier Borobio, fue adoptado por la Comisión Provincial del Patrimonio Cultural en junio de 2007 por 24 millones de euros: trataba los 12 ha del pueblo viejo con restauración de 7 edificios principales, consolidación de las casas todavía en pie, camino de acceso, centro de interpretación, etc. En el 2008, la Puerta de la Villa fue restaurada y tres años más tarde, la Puerta de San Roque (Fig. 2 y 3).

Sobre esta base, el Ayuntamiento empezó a organizar actividades de turismo de guerra. En marzo del 2013, una valla para controlar el acceso al pueblo viejo fue elevada y visitas guiadas organizadas. De marzo a diciembre del 2013, 11.000 personas recorrieron las ruinas de Belchite, 14.000 en el 2014. La Oficina del turismo multiplicó

las iniciativas con visitas nocturnas, reconstitución histórica, conferencias, etc. El coste de las entradas sirvió entonces para mantener el pueblo en un estado visitable.

El modelo de desarrollo de Belchite parece imitado del de Corbera d'Ebre, en Cataluña: este pueblo destruido del valle el Ebro acoge 19 lugares de visita (aerodromos, trincheras, pueblos destruidos, miradores, etc.), gestionado por el Memorial Democrático desde el 2007. En Aragón, existía desde el 2004 un programa de valoración de los restos de la Guerra Civil llamado « Amarga Memoria ». La iniciativa promovida por la DGA llevó a cabo la patrimonialización de varios lugares de interés, como por ejemplo las trincheras de la Sierra de Alcubierre que contiene la famosa « trinchera Orwell ». Pero con el cambio de mayoría en Aragón en el 2012 y la victoria de los conservadores, el programa quedó paralizado.

Con las iniciativas catalanas y aragonesas, el proyecto de reconciliación cambia de tono: no se valora tanto el valor de la paz que el valor de la democracia. Se trata de recuperar la memoria democrática entre 1931 y 1980. Se extiende por consiguiente a las exhumaciones de fosas o a la recuperación de la memoria del exilio, integrando estas otras memorias que los proyectos de los años 80-90 ignoraban. Estos programas privilegian una lectura específica de la Guerra civil como combate por la democracia: ha tenido gran éxito en Cataluña donde la interpretación catalanista de la Guerra se ha consensuado. Sin embargo, en Belchite, la política de patrimonialización no sigue este camino que hubiera conducido a valorar la totalidad de los restos de la Guerra Civil allí presentes. O sea no sólo las ruinas del pueblo viejo sino también las del campo de trabajo que durante muchos años acogió a más de 1.000 detenidos para la construcción del pueblo nuevo, las numerosas fosas comunes que se encuentran en el parado, el escenario general de la batalla de Belchite que incluye trincheras, búnkers, edificios de defensa (ahora excavados en parte por un programa arqueológico del CSIC), el pueblo del Auxilio Social que se edificó a partir de 1939 y que acogió a las familias de la retaguardia, etc. Concentrándose únicamente sobre las ruinas del pueblo viejo, la política de patrimonialización perseguida por los belchitanos está condenada a retomar el relato épico consagrado por el franquismo y evita considerar las otras memorias de la Guerra Civil que pudieran fomentar el consenso. Encerrada en el marco geográfico e interpretativo impuesto por la dictadura, la patrimonialización queda incompleta y parcial.

Belchite no escapó a las grandes corrientes de la historia de la memoria, contribuyendo incluso a su formación: el pueblo en ruinas, lugar privilegiado de la celebración de la victoria franquista desde 1938, y que había sido elevado a la condición de decorado de la gesta heroica de los vencedores, fue perdiendo todo significado político a partir de la década de 1960. Su abandono en las décadas siguientes fue el símbolo perfecto de la « política de silencio » que entonces imperaba en todo el país. El proyecto de convertir las ruinas en memorial de la Paz estaba en consonancia con la política de reconciliación promovida por la joven democracia española en la década de 1980. El fracaso de esta iniciativa pacifista señaló los límites del discurso de reconciliación promovido en esta época. Desde la década de 1990, Belchite es el centro de una « recuperación de la memoria » que lo convierte en uno de los escenarios de la guerra más visitados en la actualidad.

Hoy en día no existe en Belchite un consenso sobre el valor de las ruinas. La lectura de los acontecimientos de la Guerra Civil es trunca y evita considerar los lugares de memoria de las *otras memorias* de la guerra, las de los refugiados, de los exiliados, de los combatientes republicanos, de los represaliados por el franquismo, etc. La política de patrimonialización, que intentó promover un lugar de reconciliación de todos los españoles, se condena a sí misma al fracaso. Por eso Belchite no es el « paisaje-museo », el Verdún español que sus promotores soñaban (Fig. 4).

¹ Archivo Histórico Nacional, Fiscalía del Tribunal Supremo, Causa General, 1423, Exp. 62, Comisario de la Tercera Zona, Servicio de Defensa del Patrimonio Artístico Nacional, Manuel Chamorro Lomas, 4 de mayo de 1941.

² « Acudamos a salvar nuestras maravillosas torres mudéjares », *El Heraldo de Aragón (EH)*, 10 de abril de 1941: « gala de nuestro arte regional [que] desaparecerán las torres de iglesias enclavadas en terreno de la guerra y que han sido sus víctimas. »

³J. A. GAYA NUÑO, *El arte europeo en peligro*, Barcelona, Edhasa, 1964, pp. 90-91. En Belchite, sólo se planteó la restauración en el caso de las Puertas de la Villa.

⁴ *EH*, 18 de febrero de 1939.

⁵Entrevista con A*, 1 de septiembre 2008.

⁶ J. BAQUERO MILLÁN, *Inventario del patrimonio arquitectónico del pueblo viejo de Belchite (Zaragoza)*, Zaragoza, Instituto Fernando el Católico, 1988, p.10.

⁷ « El viejo Belchite se muere en el olvido », *EH*, 17 de abril de 1995.

⁸ *EH*, 26 de marzo de 1998.

⁹ « LA DGA busca una solución definitiva para Belchite », *EH*, 10 de septiembre de 1999.

¹⁰ « La DGA resta gravedad a los daños de la Torre del Reloj, pero consolidará “en breve” », *EH*, 3 de junio de 2002. La cursiva es mía.

¹¹ L. J. GARCÍA BANDRÉS, « El olvido destruye mas que una guerra », *EH*, 9 de junio de 2002.

¹² *BOE*, 26 de octubre de 2001.

¹³ UNESCO, *Évaluation des biens culturels*, Bureau du Comité du patrimoine mondial, 25-30 junio de 2001, Paris, «Mudéjar de Aragón (España), nº 378 bis », pp. 68-73.

¹⁴ *EH*, 9 de junio de 2002. Domingo Cubel declara en una entrevista: « Quien quiera rezar y recordar tiene esa hermosa y única cruz de hierro de la cual poco importa ni su color, ni quién ni cuando fue colocada. »